

Aute no ha muerto

César David Solano*

Luis Eduardo Aute no ha muerto, y puedo asegurarlo. Lo sé porque lo he visto. Aute ahora estará por allá, perdido, en un embriago eterno junto con unos frailes dominicos de Tepoztlán. Cuenta ahora tantas de sus historias a un peculiar público. Nos ha dejado sin su latido, no porque haya dejado de existir, al contrario, podemos tener la seguridad de que, en algún lugar, después de todas sus andanzas, nos estará esperando con una guitarra Alhambra u Ovation y un trago de aguardiente. Vive en la eternidad, vestido con una camisa verde y unos gastados jeans de mezclilla.

El buen Aute se encuentra en un lugar fuera del mundo que conocemos. Si alguna vez quisiera alguien visitarlo tendrá que cruzar toda su obra, buscar un poco de él entre todos los artistas que lo han acompañado alguna vez: Ismael Serrano, el gran Silvio Rodríguez, su amigo Pablo Milanés, Fernando Delgadillo, Silvia Comes, Jorge Drexler, Christina Rosenvinge y una ya no tan joven Joan Báez. Habrá que buscar a Luis Eduardo Aute en un universo oscuro pintado con la punta de su pincel, donde cada uno de los artistas que lo han acompañado en un escenario lo anclan a la vida y son parte del viaje hacia él, donde blancas esculturas nos muestran el camino para hallarlo.

Puedo decir que lo he visto en un lugar gris, donde lo único que daba un poco de color al lugar era su presencia. Si yo trataba de ir más allá, donde su calor nos protegía, encontraba una nueva frontera donde un despistado había olvidado sus zapatos antes de que cerraran el acceso. Si aquel hombre quisiera cruzar por ellos, un grupo de francotiradores lo esperaría para darle muerte. El hombre me decía que, si la vida le costase, por lo menos esperaría a que los tiradores murieran de edad. Si tenía suerte podría cruzar por el calzado, de lo contrario, moriría de edad y no de un frío impacto de bala.

*** Estudiante de la Licenciatura en Letras Hispánicas en el Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.**

Sus ojos me pedían silenciosamente que contara que él seguía vivo, y para volver a verlo debemos buscarlo.

Todavía no encuentro explicación a tantos simbolismos, pero les aseguro que era él. El mismísimo Oscar Chávez, que me he encontrado en el camino para ver a Aute, me ha asegurado que ese hombre en efecto es Luis Eduardo. Me tranquiliza saber que se encuentra bien, feliz y cantor, justo como lo recordamos y como quiere que lo tengamos presente. Vive feliz, en un mundo creado por él y por su genio artístico. Ya no teme al alba.

El encuentro fue breve, apenas lo suficiente para creerlo. Al despedirnos recuerdo que, casi petrificado, me sonreía con su pelo blanco y enmarañado. Sus ojos me pedían silenciosamente que contara que él seguía vivo, y para volver a verlo debemos buscarlo. Nos ha de estar esperando gustoso. Tal vez no soy el indicado para decirlo, aquel encuentro casi me deja mudo. Solamente atiné a decir dos palabras, no pude más, tuve que salir huyendo al borde de las lágrimas. Gracias maestro.